

De Médicos y Quixotes

*A todos aquellos compañeros médicos, rurales o no,
que a pesar de todas las carencias que padecieron,
se esforzaron por salvar el tipo, por ser dignos,
y con ello nos honraron y llenaron de orgullo
a las generaciones siguientes.*

Érase una vez, casi antesdeayer, que nuestros pueblos estaban habitados, sanitariamente hablando, por seres excepcionales. Por quijotescos personajes que habían decidido hacer del servicio a los demás la razón de su existencia, supliendo con su humanidad todas las carencias inimaginables.

En cualquier rincón del país, por alejado que pareciese, estaba el médico rural, el espejo en que se miraban todos sus vecinos. Hombres educados que disfrutaban y fomentaban las buenas formas, intentando siempre ser ejemplares, convencidos como estaban de que *“todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire”*, que diría D. Quixote. Sabedores, en suma, de que tan sólo la lectura, la reflexión, la comprensión y el cariño, podría liberarles de su particular valle de lágrimas.

D. Nicasio, por ejemplo, llegó al pueblo siendo muy joven, despojado de todas sus raíces y procurando recordar todos los días, para evitar meter la pata, la máxima que un querido profesor le había enseñado: *“un médico recién licenciado es uno que oye ruidos de cascos a través de la ventana y lo primero en lo que piensa es en una cebra”*.

Tuvo la suerte de encontrarse, cosa muy rara en la casa del médico, con un pequeño jardín y todo, algo que llegó a revelarse después como muy negativo, porque distraído con sus flores y cuidados abandonó lo más fundamental en todo

sanitario y en todo hombre, encontrar una buena mujer, hacer un matrimonio de ventaja, para que le ayudara a sobrellevar su checa profesional, la difícil vida en que se había metido. Aprobar la *médica cuatro*, que se decía entonces.

Así es que se quedó convertido, por perezoso y jardinero, en un soltero de oro. Casado con su profesión y su jardín, en donde echaba horas y horas para evitar los malos humores que suele engendrar la ociosidad; trabajando en él, sentía la paz necesaria, olvidaba toda la tristeza y la amargura de su soledad en aquel torvo ambiente y como lector habitual que era de Freud, se consolaba pensando que todo el mundo, por muy bien que se encontrase, también padecía, y con frecuencia, conflictos neuróticos de distonía del ego.

Se hizo adicto a su profesión y encontró en el jardín y en los hábitos ordenados sus elementos indispensables de equilibrio. Bueno, en ellos y en el Quixote, libro que le llevó a convertirse casi en un santo laico. De su lectura meditativa llegó a la conclusión, entre otras enseñanzas, que le importaba un pepino lo que los demás pudieran pensar de él, como les suele ocurrir a las personas mayores.

Procuraba tener en la cabeza continuamente parte de los refranes de Sancho como auténtico *bálsamo de Fierabrás* para las heridas de su alma. Con ellas forjaba y amansaba diariamente su espíritu:

“Qué desnudo nací y desnudo me halló, ni pierdo, ni gano”,

“Qué el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo”,

“Qué es necedad correrse por sólo oír un rebuzno”...

Pero de entre todas ellas amaba una. Él la llamaba su primer mandamiento:
“Más vale el buen nombre, que las muchas riquezas. Porque un hombre sin honra es peor que un muerto”. Aunque éstas fueran palabras de su jefe, el Ingenioso Hidalgo.

Y leyendo, leyendo, acabó convirtiéndose en un peculiar personaje de pocos amigos, porque según decía, luego se casaban y había que volver a empezar. Y porque además, el hombre cuando se junta con los demás hombres suele perder mucho.

Gustaba de ir solo, con su fonendo y su maletín, al modo de lanza y escudo. Eran las únicas armas incruentas con las que poder pelear en aquel duro combate de la medicina rural, al igual que el Caballero de la Triste Figura *al surcar el Ebro, en una barca sin remos ni jarcia alguna*. Con el fonendo auscultaba a través de las sábanas, para evitarles a sus pacientes sufrimientos innecesarios, al contemplarse sus sucios y malolientes cuerpos, carentes de agua y de todo lo demás. Las “gomas”, su única cosa con resonancia, aquel fascinante artilugio con el que sabía lo que cada vecino ocultaba dentro; se las echaba ya al pecho, ya a la tripa, para al instante tener un diagnóstico posible y contundente:

– No me gusta el enfermo, si se ha de salvar, se salvará, si está de morir, se morirá.

Decía a la expectante familia, siempre con sus justas y atinadas palabras, porque había decidido desde hacía tiempo desechar el lenguaje enigmático y arcaico de los médicos. Y continuaba concluyendo con un “tranquilos, ¡qué la ciencia está haciendo todo lo humanamente posible!”. Estas eran sus armas habituales: el fonendo, el maletín, la altivez y el apartamiento continuo ante la mediocridad, la vida tabernaria y la pérdida inútil del tiempo.

Con ello había conseguido ponerse un imbatible yelmo, blindarse, protegerse, hacerles entender a sus pacientes las verdaderas diferencias entre el miedo propio, la hipocondría, y el dolor auténtico. Les enseñó que a lo primero que ha de aprender un paciente es a tener paciencia y consiguió, en suma, que sólo le molestarán de urgencias, casi solamente en caso de extremaunción, momento en el que solía coincidir entonces con D. Sabino, el cura, aunque le enfadara en demasía el que entrara en la habitación antes que él, porque aquello no siempre tenía el valor terapéutico deseable. Más bien, decía, a muchos pacientes les hacía pensar sin tener porqué en el otro barrio, en la proximidad de lo inevitable.

El pater, que no perdía ni en lejía, aprovechaba siempre la ocasión del encuentro para volver a invitarle a los oficios del domingo, a él, un hombre poco religioso que ante la cantidad de desgracias que veía a su alrededor, llegó a pensar que Dios estaba ya muy mayor, muy quemado, andaba sordo y no merecía la pena obstinarse en seguirle. Pero aunque vivía con pocas ilusiones celestiales, sin creer en los chollos del más allá, no rehuía de confraternizar con la Iglesia, preocupado como estaba porque le hicieran algún día, llegado el caso, unas honras fúnebres decentes, a la altura de su cargo, de esas que levantaban admiración.

Tras el intercambio de impresiones entre cura y médico, a los familiares presentes y en trance no les quedaba otro remedio que seguir fascinados por sus palabras y su noble presencia, su cuidada presencia de traje, sombrero y zapatos chillones, dotados de auténtico poder curativo. Y es que como afirmaba el gran Hipócrates “un médico pobre no deja de ser un pobre médico”.

Los familiares siempre agradecidos, sabedores de que su mayor o menor cariño hacia él les iba a poner el listón económico de sus igualas más o menos alto.

Lo querían y no desaprovechaban ocasión para hacerle ver que era apreciado y valorado, por si las moscas, aunque no hiciese falta, porque era un médico misericordioso, de igualas no muy altas y un verdadero maestro de la percusión, que tamborileando con sus dedos sobre el paciente, acababa arrancando el más oculto timpanismo que se negara a dar la cara. Manos estas para las que cada hogar guardaba el mejor, más oloroso de sus jabones, y la más digna toalla. Una limpieza que siempre hacía parsimoniosamente, convencido de lo que decía El Caballero de los Leones, “*los trabajos continuos, rápidos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece*”.

E igual que era parco en sus juicios clínicos y exploraciones, era de simple en sus formas galénicas, resumidas en una sucinta máxima terapéutica inicial que luego, afortunadamente, con el devenir del tiempo fue ampliando: “Para los problemas de cintura para arriba...aspirina”. “Y para los problemas de cintura para abajo...buscapina, que con los viejos, cuanto más les das, más empeoran”.

Y si tras una conducta expectante razonable de 24 horas aquello no presentaba una *restitutio ad integrum*, gustaba decir, estaba entonces la carretera y el caballo para buscar a los listos y capitalinos especialistas, los del jodido palique, capaces de resolver casi todo.

Algo que solía tener efectos beneficiosos propios, era el salir de la aburrida y eterna reclusión de sus casas y ver el orden y la limpieza de la clínica, mejoraban con prontitud.

Los términos anteriores, *restitutio*, *conducta expectante*, etc., eran parte de sus armas de hombre sabio. La gran máscara tras la que ocultaba el resto de sus carencias, de los pobres conocimientos de entonces.

– D. Nicasio, pero que atento y cariñoso es Ud., ¡y cuánto sabe, que libros más gordos tiene y cómo le gusta escucharnos! - acostumbraba a decirle la tía Felisa.

Amaba profundamente la sinceridad y, por ende, despreciaba la impostura, la parafernalia de aquellos otros compañeros médicos de la capital, llenos de gilipollología terminológica y de sofisticados diagnósticos y terapias ajenas al consuelo de la palabra y lo entendible que enredaban al enfermo. Y así la respondía:

- No hija no, que lo que yo hago es rellenar con paciencia los vacíos de mi ciencia. Que al enfermo hay que quererlo, mujer. Que ya me enteré el otro día que se te murió la cabra de parto. Así es que ya me hago cargo de cómo estarás, que el sofocón te está saliendo ahora y ese sarpullío van por ahí ¿no te das cuenta? – y concluía diciéndole - Tú tienes suerte porque has podido haber venido a mi, pero ¿y yo? Esta madrugada he tenido un mal cólico, y he dado más vueltas que un atún en el anzuelo, ¿a quién podía acudir? Pero tranquila, hija, que el tiempo todo lo cura. Que a mi me han dicho ahora que hasta tengo las “tranmasinasas” esas del hígado altas. Son unas cosas nuevas que han encontrado ahora, que cualquiera sabe qué serán, que yo ya soy mayor para aprender a cambiar el paso.

Era fascinante, siempre con su gabán y su pluma estilográfica escribiendo en una extraña jerga sólo inteligible por los ángeles custodios de sus enfermos que se encargaban de iluminar a D. Joaquín, el boticario, para que la traducción no se separase mucho de sus auténticas intenciones terapéuticas. Todo un referente, como decía, en el que los más jóvenes e inquietos intelectualmente, depositaban sus sueños. Un hombre culto y único suscriptor del ABC. Un pecadillo perdonable, eso de ser monárquico por aquellos entonces. Amante sobre todo de las sabrosas

primeras páginas del insigne D. José María Pemán. Gustaba memorizar gran parte de sus escritos para soltar a la primera de cambio: “Ya sabéis que desde la exacerbación del nacionalismo a partir del siglo pasado...”, concitando la admiración y hechizando a sus analfabetos pacientes.

Cultivaba, pues, los elementos básicos en toda relación médico-enfermo, el necesario respeto y distanciamiento cultural tan necesario en todo proceso curativo. Sabía interponer, en suma, aquella muralla de respeto que el gran médico humanista, el Dr. Marañón, había aconsejado como muy útil para curar, para poder movilizar todas las energías espirituales del ser enfermo, para dinamizar eso que luego daría lugar al estudio de la Psiconeuroendocrinología, la movilización del propio sistema inmunológico como factor básico de autocuración.

Pero a fuerza de tanta soledad, de ser tan negrero de sí mismo, empezó a llenarse de pequeñas manías. Decía agotarse si le tocaba tomar más de tres tensiones seguidas, así es que a partir del cuarto paciente demandante de su “toma de atención”, como ellos decían, en abriendo la válvula del esfigmomanómetro, le mostraba como no se hinchaba, para decirle a continuación:

– Ves, ya se le ha acabado el aire al aparato. Sal y dile a los demás que lo tengo que recargar y que vuelvan mañana.

Otra de sus manías era el sagrado culto de su soltería de oro. Bien es verdad, y se sabía de buena tinta, que en la capital de la provincia le tenía puesto un piso a una antigua amiga de la facultad que no llegó a acabar. Su particular Dulcinea, su querida Quiteria, con la que soñaba toda la semana y con la que hablaba diariamente, bajo el conchabeo y el juramento previo del secreto a guardar de Julia, la telefonista. Hablaba como podía a pesar del mal servicio telefónico, de las interferencias...

– ¿Qué dices, mi amor?” – preguntaba, mientras podía oír la voz de intermediación de Julia, auxiliándole desde la centralita.

– Qué dice que lo quiere mucho D. Nicasio, que ella también lo quiere.

Iba a ver a su Quiteria todos los jueves por la tarde, su único día libre y si algún allegado pretendía sonsacarle algo, siempre decía aquello de que “un caballero siempre debe tener secretos, que con estas cosas hay que ser tan discreto siendo médico, que es que aunque tuviera alguna mujer y fuera a verla, es que no se enteraría ni ella, qué hay que dar ejemplo, oiga”.

No podía ocultar sin embargo sus temblores, como si tuviera fiebre, cuando miraba a la sirvienta que iba a limpiarle la consulta. Y es que a D. Nicasio, como a Sancho Panza *do quiera que viera asnos, se le iban los ojos y el alma*. Le aparecían, en suma, *los débiles arrimos de su flaca naturaleza*.

La cosa llegó a tal extremo que incluso llegó a tener como ausencias epilépticas ante aquella joven, momento en el que todas las mujeres del pueblo decidieron no pisar solas su casa, en evitación de males mayores, porque decían “*que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella, que los del recato propio*”.

Ante semejante afrenta, respondió nuestro médico no abriendo la consulta; en adelante la pasaría a través de la reja de su despacho, por la que sacaba “las gomas”, para en explorando mínimamente la fosa supraclavicular o el llamado “coin d’amour” de los gabachos, saber cuánto necesitaba saber, mientras sus pacientes guardaban la silenciosa cola, aunque nevara, sobre la acera. Aunque en verdad duró poco tiempo, hasta que el Sr. Jesús, el alcalde, con una cara más seria que su propio orinal, rompió unilateralmente “las ostialidades”, como decían por allá, mandándole al municipal para limpiarle todos los días la consulta.

Cosas de D. Nicasio, decían sus vecinos, y que le perdonaban porque luego, a la hora de la verdad, sabía portarse como un verdadero caballero. Era sabido en la comarca que D. Julio, el omnipotente cirujano capitalino, un hombre feliz únicamente cuando tenía el bisturí en la mano, cuyo poder le había acabado convirtiendo en cruel y burdo con los enfermos, no operaba apendicitis aguda alguna que no viniera acompañada de los dineros necesarios al uso. Un médico en el que se cumplía aquello que decía D. Diego de *“letras sin virtud, son perlas en el muladar”*.

Por contra, fue un auténtico adelantado a su tiempo. Inventó la clonación sin saberlo, pues consiguió que su hijo, a pesar de ser un médico hecho a base de palos, de años y ser un poco felalo el muchacho, llegara a ser, milagrosamente, tan cirujano como él. “Como los reyes, oiga, cuyos hijos heredan la cosa”, le gustaba decir con la debida sorna, cuando venía al caso.

Cuando no había dado tiempo a vender la mula para poder pagar la operación, todo el mundo sabía que D. Nicasio adelantaba el dinero, huyendo siempre del agradecimiento, conmisero con la humillación que aquellas pobres gentes tenían que soportar. Era su grandeza el no dejar tirado a nadie y presumía de tener una única cara ante asegurados o igualados particulares. Vamos, que no padecía del travestismo psíquico de otros compañeros, de cara poética o prosaica según fuera la calidad de los demandantes. Y mientras ayudaba, volvía a acordarse de las palabras de su amigo Sancho, *“Dos linages solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son, el tener, y el no tener”*.

Otra de las intrincadas y sofisticadas manías de nuestro compañero era el pensar de continuo en la venganza hacia su superior, hacia aquel jefe provincial de Sanidad que era Dios. Aunque un Dios zafio, borrachín, fumador y lleno de

carencias, que en su día y tras venir de la División Azul, con el fin de que olvidara sus pasados fríos en el asedio a Leningrado, fue recompensado con un despacho caliente en aquella Jefatura, desde donde dirigía con auténtica *manu militari* la sanidad provincial.

Tal Dios sabía que el mejor jamón y orujo siempre se encontraba en la despensa de su soltero de oro y con arreglo a ello preparaba su ruta de inspecciones rutinarias. Eran placeres que D. Nicasio ofrecía largamente con tal de apremiarle a que acabara pidiéndole la ubicación del consolador retrete. Para lo cual, con fruición y delectación, ritualizaba su anual venganza, enseñándole en cualquier rincón del pobre corral una impoluta caja de galletas María en donde el humillado jefazo tenía que hacer sus cositas mientras espantaba a las cinco o seis picoteadoras gallinas circundantes, tal vez entrenadas para el evento. Era su peculiar, sutil y litúrgica venganza, algo que decía era su comunión cósmica con el restante y sufrido cuerpo místico de la medicina rural española.

Pero no todas iban a ser pequeñas o grandes manías en su vida; hay que decir en honor a la verdad que también fue un crack, como se dice ahora, un auténtico médico innovador. Pasó a dar las cifras máximas y mínimas de la tensión, cosa nueva y revolucionaria donde las hubiere, porque los médicos anteriores sólo daban la máxima. Para acabar también con la arcaica y fea costumbre del pañuelo que los familiares ponían abrazando el rostro de sus finados queridos para evitar el desencajado gesto post-mortem. Lo decidió un buen día en que tras llegar tarde a una llamada de urgencia y encontrarse con unos airados familiares, no se le ocurrió despiste mayor que acabar increpándoles por tener tanta prisa ante aquel vulgar dolor de muelas.

Acabó pidiendo perdón, si señores, cuando se vio, como diría el Cura de D. Quijote, “*Despeñado desde la alta cumbre de su locura, hasta el profundo abismo de su simplicidad*”.

Un error que aún recordaban sus pacientes con guasa varios años después y que fue un hito, un antes y un después en la historia local, que sirvió a D. Nicasio para recomendar su no aplicación en aras de una cara más risueña, más relajada y menos crispada, contentos como deberían estar por haber dejado al fin aquel valle de lágrimas, decía él, en apoyo de su revolucionario invento: la exclusión del pañuelo de marras en evitación de futuros nuevos errores.

En aquella época, sin televisión ni coches, la diferencia con sus vecinos estaba marcada por las ideas. Y aquel pueblo era tan pobre, tan pobre, que no se podían permitir ni tener ideas. Por lo que nuestro médico, de arrogancia intelectual, acababa siempre infelizmente inconexo cuando salía de sus reflexiones, dada la desproporción que encontraba entre la vinculación a su oficio y su no vinculación a la vida, al no haber sabido tener una familia, unos hijos, él, tan amante de la vida.

Se encontraba inconexo y más solo que una almeja. La soledad únicamente la rompía cuando, como agua de mayo, llegaba algún representante de laboratorio a su consulta trayéndole algún chiste y como obsequio, unas inyecciones bebibles de *Levaliver*, aquel famoso protector hepático, que estaban rellenas de whisky. Y entre chiste y chiste y su contento momentáneo solía olvidarlo, para recordarlo después, tras regalarlas a cualquier paciente hepatópata necesitado, de esos de olor a amoníaco, de olor al más allá, y tener que oírle:

– D. Nicasio, esas indiciones bebidas que me dio pal hígado el otro día deben de ser güenas, porque escocían las jodías como si quemasen. Qué castran, oiga, qué castran, ¡qué se lo digo yo!

Tuvo otro desliz inolvidable cuando un buen día le dio por ponerse en plan fino, harto ya de ser un señor de título viviendo siempre rodeado de una terminología ramplona, y tras haber leído por aquellos días a Freud, no dudó en diagnosticarle a Pepe “el Colorín”, *un hombre baxo, que reventaba por parecer caballero*, tras contarle este sus pesares.

– Pepe, lo que tú tienes es una depresión reactiva, hijo

. A lo que Pepe no tardó en darle una contundente respuesta:

– De eso nada, D. Nicasio, que está Ud. ya haciéndose mayor, que yo lo que estoy de verdad, de verdad, es de los nervios, no de lo que Ud. dice.

En verdad, D. Nicasio se había hecho mayor, casi sin darse cuenta, y con gran pesar no le cupo más remedio que jubilarse e irse a vivir a la capital, a un pisito frente a su querida Quiteria, guardián eterno de las buenas formas.

Había gastado y dedicado toda su vida a la medicina y ya no le quedaban energías más que para salir con ella de paseo por las tardes, si el tiempo era propicio. Fue precisamente en uno de esos paseos, años después, cuando tropezó, cayó y se fracturó la cadera; pero pudo acordarse increíblemente durante la caída de la famosa máxima de Cicerón, “*La vejez, esa etapa de la vida en que uno piensa casi únicamente en no caerse*”.

Y de sopetón se vio ingresado en la UCI de su hospital, tras ser intervenido de urgencias de su terrible fractura abierta por el traumatólogo de guardia. Un hombre que jamás sonreía, le llamaba abuelo y que llegó a confesarle que sólo pensaba en poder jubilarse pronto.

Llegó a compadecerlo, porque le daba la impresión de que no disfrutaba con su oficio y parecía tener como escayolada la cabeza. Viéndose además con su brazalete de identificación en la muñeca, su número de prisionero, pensaba,

empezó a llenarse de un estupor catatónico. Se encontró de pronto como el moribundo Basilio de su Quixote querido. *“Ya con el alma entre los dientes, ya con las vueltas, el aliento corto y apresurado”*.

Pepe “el Colorín”, al enterarse de su fatal estado, vino desde el pueblo haciendo un gran esfuerzo, a visitarle. Y ahí estaba con la boina en la mano. Fue lo único hermoso de aquella historia en medio de aquel desastre. Estaba sondado, humillado, y lleno de tubos. Precisamente él, que tanto amaba las profusas meadas en el campo mientras miraba al infinito. Pensaba en todo ello, en el monte y en como solían morir sus pacientes, llenos de dignidad, en sus camas y rodeados de hileras de seres queridos, cuando oyó a Pepe, su antiguo vecino y visitante decirle:

– Coño, coño, D. Nicasio, me habían dicho que estaba usted jodío, pero ya tanto, tanto, ¡no me lo podía imaginar!

A lo que él, cerrando los ojos y en silencio, le contestó con las palabras de D. Quixote a Sancho: *“Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar, cuando se te acabe el curso de la vida. Que todos los problemas empiezan cuando la gente se olvida de que es humana”*.

La cosa acabó complicándose. Tras visitarle el jefe de la UCI y verle con *“los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro”*, habló inmediatamente con Quiteria. Ésta le enseñó, llena de lágrimas, una hoja que acababa de entregarle su querido amigo y que no era otra cosa que la *Balada del Mississippi*, como última voluntad testamentaria, que decía:

*Cuando mis tribulaciones terrenas hayan terminado,
arrojad mi cuerpo al mar; ahorraos la factura del empresario de pompas
fúnebres,
y dejad que las sirenas coqueteen conmigo.*

Aquel médico se emocionó mucho al leerla. Preguntó por quién fue y qué hizo aquel hombre y al saber más cosas de él no dudó en llamar inmediatamente al Presidente de su antiguo Colegio de Médicos, el cual no tardó en visitarle para darle una última alegría, llevándole una placa con una bonita dedicatoria que contenía las palabras de su querido D. Quixote a D. Lorenzo: “*Quan provechosos y quan necesarios fúeron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y quan útiles fueran en el presente, si se usaran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo*”.